

## 1968: cincuenta años después

Por Enrique Semo  
08/Mayo/2018

México no es una isla, no flota en el aire, sino que está profundamente inmerso en un mundo complejo en el cual múltiples fuerzas de carácter mundial y continental actúan, influyen y no pueden dejar de ser tomadas en cuenta. Hablar de las circunstancias internacionales en las cuales se produjo el 68 mexicano, no es hablar de un aspecto secundario. En ese año —como en muchos otros— México se vio conectado a un proceso mundial del cual fue un eslabón decisivo. El 68 mexicano no puede ser comprendido sin el 68 mundial y el 68 mundial no puede dejar de tomar en cuenta las especificidades del caso mexicano una de sus estelares expresiones. A medio siglo de los sucesos, cuando sus consecuencias principales comienzan a revelarse y nos obligan a intentar una explicación en la cual lo universal y lo nacional se funden para producir explicaciones más allá de los sucesos a corto plazo. *Esta es la primera lección del México del 68 al México de 2018: la situación actual de México no puede ser comprendida sin tomar en cuenta desarrollos de carácter mundial.*

En nuestro país puede suceder en julio algo que de nuevo tenga al mismo tiempo un sentido nacional, continental y universal. *Nacional:* por primera vez desde Lázaro Cárdenas (1934-1940) tendríamos un gobierno progresista. *Continental:* demostraría que la derrota de los movimientos progresistas de América Latina es mucho más pasajera que los movimientos mismos, que vienen

en oleadas. Una termina y otra comienza. Cuando la luz se apaga en otras regiones del continente, se prende brillante en nuestro país. *Universal*: en el mundo hay peligro del triunfo y subida al poder de fuerzas de extrema derecha, racistas o neofascistas. Pero también hay señales de resistencia, como las huelgas de Francia. Entre ellas se podrá contar pronto con un gran movimiento social-popular y un gobierno de izquierda mexicano.

El movimiento de 1968 fue un movimiento de protesta universal que superó los obstáculos de las diferencias de lenguas, de culturas, de idiosincrasias, las distancias continentales, las barreras de clase. Por primera vez en el mundo los movimientos fueron sincrónicos, sucedían al mismo tiempo, como si un director de orquesta invisible estuviera dirigiendo muchas orquestas muy visibles. Fueron blanco de la ira de los jóvenes todos los poderes establecidos: los gobiernos de los países capitalistas; de los países bajo el sistema soviético; de los países del llamado Tercer Mundo.

Los jóvenes del mundo se dieron cuenta de sus coincidencias, de la presencia de un espíritu universal, lo que los alemanes llaman el *ZeitGeist* (espíritu de la época), que los movía al unísono a pesar de las diferencias en sus demandas. Precisamente en las exigencias particulares, sumadas y sintetizadas, está el secreto del 68. Hoy día ya no nos preguntamos por la relación que existía entre las rebeliones estudiantiles de la Ciudad de México y París; lo que unía las manifestaciones contra la Guerra de Vietnam en Estados Unidos con el intento del Che de vencer al imperialismo produciendo uno, dos, cien Vietnams. Eran las

esperanzas de un mundo sin dictaduras, sin discriminación racial, sin guerras coloniales. Las derechas han regresado pero llevan escrito en la frente: 1968.

Las herencias son muchas. En primer lugar los movimientos anti-sistémicos que han surgido durante los cincuenta años posteriores al 68: los movimientos ecológicos, los Verdes que en todos los países plantean objetivos similares. Los movimientos feministas que hace un mes mostraron su fuerza mundial en las marchas del 8 de marzo en las cuales millones de mujeres en Asia, Europa, Medio Oriente y América se manifestaron contra la desigualdad, la brecha salarial, contra la precariedad laboral y la violencia de género. También herederos del 68 son los movimientos globalifóbicos que comenzaron en 1999 en Seattle y que han perseguido a todos los encuentros de los defensores neoliberales del libre movimiento del capital; de las políticas del FMI, el Consenso de Washington y la imposición de la OMC y cuyo foco mediático han sido las reuniones anuales en Davos. En ese movimiento participan hombro con hombro todas las expresiones viejas y nuevas de la izquierda mundial. Con el tiempo, esto llevó a la construcción del Foro Social Mundial (FSM) cuyos encuentros iniciales se desarrollaron en Porto Alegre, Brasil, con asistencias de hasta 50 mil delegados y que este año se realizó en el mes de marzo con una marcha gigantesca por la libertad de Ignacio Lula da Silva.

El 68 fue el encuentro de problemas y tendencias muy diversas, pero de un proceso histórico común y de una solidaridad internacional inédita. Movimiento complejo y contradictorio el 68 permite varias lecturas, pero actualmente las incógnitas se han decantado y reducido. El 68 cuestionó el optimismo consumista,

el auge capitalista que parecía no tener fin; la política como profesión que borda en la ilegalidad y el crimen; la viabilidad de las guerras coloniales como la de Vietnam o como las de hoy, en Iraq, en Afganistán y más recientemente en Siria. Puso en entredicho el carácter socialista del estatismo soviético y el marxismo como ideología de Estado. Sacudió en sus fundamentos la familia patriarcal, las hipocresías de la moral sexual burguesa, los mitos de infalibilidad que rodean a la Educación y la Universidad. Cuestionó la separación entre la revolución social y la libertad individual; la emancipación de los trabajadores sin la igualdad para la mujer. El racismo de blancos dominantes contra negros o morenos dominados; la discriminación contra las minorías sexuales. Planteó el problema de la soberanía en una forma novedosa: pensar globalmente y actuar localmente y de la pluralidad cultural de las naciones que se expresa en movimientos como el neozapatismo de los indígenas de Chiapas, los mexicanos en Estados Unidos, los catalanes en España, los escoceses en la Gran Bretaña. Anunció la aparición de nuevos sujetos de cambio: la juventud, los estudiantes, las mujeres, los pueblos originarios, el precariado. Todos ellos protagonistas de las luchas contemporáneas.

Si solo vemos el 68 mexicano como una rebelión de los estudiantes universitarios, se puede pensar que fue un fenómeno de pocos meses, un rayo en el amanecer, pero si consideramos los sucesos en su conjunto y su relación con el medio siglo que ha transcurrido, no podemos sino concluir que se trata de una negación de profundas consecuencias de los poderes y las culturas dominantes en los años sesenta. Rechazamos con toda energía el asesinato masivo del 2 de octubre de 1968, así como nos declaramos decididamente por la verdad y el

castigo de los responsables de la desaparición de los 43 estudiantes de la normal de Ayotzinapa.

A partir de ese año, el concepto de *movimiento* tendría en todo el mundo un significado distinto. Sus potencialidades de cambio ya no pueden ser despreciados. Las viejas concepciones sobre la relación entre partido y sociedad se derrumban, la democracia directa será enarbolada como alternativa a la omnipotencia de la burocracia. Fértil en su diversidad, el 68 estudiantil provocará en el seno de la izquierda un debate que abarcará todos los dogmas considerados como intocables durante el periodo anterior. Desgraciadamente en México este debate ha sido truncado por la victoria ideológica de los tecnócratas que han sustituido el diálogo social con el “pensamiento único”, un economicismo técnico chato y autoritario.

Repasemos ahora a algunas de las ideas del movimiento mexicano. México presenció –a diferencia de lo que sucede ahora- un desarrollo vertiginoso de la cultura juvenil. Comparar las ideas de julio de 1968 con las que dominaban en octubre del mismo año, después de la represión, es un ejercicio en la radicalización fulminante del pensamiento. Tres meses antes del estallido, los estudiantes que participaban en la "Marcha de la Libertad" en el centro de la República habían sido dispersados por el ejército, y en Ciencias Políticas y en Economía —en las cuales yo enseñaba— había ya importantes movimientos políticos. Pero indudablemente que, luego, el movimiento, el Comité Nacional de Huelga (CNH), las asambleas y sobre todo las brigadas, se convirtieron en una inmensa escuela política que había de marcar indeleblemente a una generación. Si este año la victoria de un candidato de izquierda a la presidencia de la

República es acompañada con la formación de consejos populares en las universidades, en los barrios, en las comunidades, en los movimientos sociales, de brigadas como las del 68, el efecto radicalización del pensamiento puede y debe darse otra vez.

La intransigencia y la represión del gobierno de Díaz Ordaz fueron terreno fértil para la prédica de la izquierda. A medida que la represión aumentaba, la fiesta se transformaba en resolución sombría. "Los acontecimientos de julio — escribían los estudiantes— nos han enseñado más que todo lo que pudiéramos haber aprendido en las aulas". El nombramiento de Pablo González Casanova como rector de la UNAM fue el primer triunfo del movimiento estudiantil.

Todos coincidimos en que el de 1968 fue un movimiento por la democracia. ¿Pero qué tipo de democracia? ¿Una democracia liberal o una democracia directa, como la de la revolución francesa? Podríamos decir que los últimos cincuenta años han presenciado a México dando un paso adelante y dos pasos atrás. Uno de los rasgos del discurso de los estudiantes era la ausencia de los reclamos electorales y parlamentarios. No pidieron el voto desde los 18 años (que fue otorgado más adelante). Nadie pensó en la confluencia del movimiento con un partido político determinado. Tampoco se les ocurrió dirigirse a los partidos registrados ni a los diputados, que en su inmensa mayoría apoyaron la política de Díaz Ordaz. Pidieron, en cambio, dialogar públicamente con el presidente y muy pronto atacaron abiertamente los mitos del sistema político establecido y exigieron cambios radicales. La idea y la práctica fue la de una democracia participativa que no se limita al voto, sino que se basa en el dialogo diario del poder con el pueblo,

la participación de los ciudadanos, de la sociedad civil, de los movimientos sociales.

Quizás sea en el documento del Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras, aprobado el 23 de agosto de 1968, en donde el concepto de esa democracia toma su forma más clara y contundente. "Nuestro movimiento —dice el escrito— no es una algarada estudiantil más; esto deben comprenderlo muy bien las viejas generaciones cuyas mentes se obstinan en querer ajustar las nuevas realidades a los viejos esquemas obsoletos de su `revolución mexicana', de su `régimen constitucional', de su `sistema de garantías' y otros conceptos vacíos, engañosos, de contenido opuesto a lo que expresan y destinados a mantener y perfeccionar la enajenación colectiva de México, a la hipocresía social y la mentira que caracterizan al régimen imperante... Nuestra lucha es por una sociedad nueva, libre y justa, en la cual se pueda pensar, trabajar, crear, sin humillaciones, sobresaltos, angustias y mediatizaciones de toda especie". Y termina con el lema: "somos una revolución. Esta es nuestra bandera".

El escenario principal de la radicalización fue la práctica cotidiana en la cual miles de brigadistas y "comités de defensa" tomaban y ejecutaban decisiones audaces. Lo de 1968 fue, sobre todo, un movimiento antiautoritario, democrático, libertario, antipatriarcal, muy moderno, lleno de presagios que la vieja izquierda — ahora lo sabemos— no supo leer. Su radicalismo se cultivó en la acción y sus lemas hubieran bien podido ser: *prohibido prohibir; cuando hablo de revolución quiero hacer el amor*; o como cantaría Violeta Parra en aquellos días "*qué vivan los estudiantes porque son la levadura*".

En este año en el cual festejamos los cincuenta años de 1968 y los doscientos años del nacimiento de Carlos Marx, no podemos sino recordar, que el carácter universal, antisistémico del movimiento de 1968, fue previsto y predicado por Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista* que termina con el lema “proletarios de todos los países, uníos”. Que durante el primer siglo de su existencia el movimiento obrero engendró tres organizaciones de carácter genuinamente internacional y que tenían ese nombre: la primera, la segunda y la tercera internacional.